

INFLUENCIAS HISPANICAS EN LOS POETAS FESTIVOS CHILENOS

— por Hermelo Arabena Williams —

Caminamos por una oscura encrucijada. Sigue sonando «la hora veinticinco», como caracteriza Virgil Gheorghiu al mundo de nuestros días, a esta «sociedad técnica» que sin recurrir aún a la energía nuclear ni a la bomba de hidrógeno, está destruyendo lo que habían creado muchos siglos de progreso. Aquel extraño personaje de *El lobo estepario*, descrito por Hermann Hesse, símbolo del cansancio morboso de la época, busca una mano amiga con la que estrechar la suya, temblorosa de presentimientos. Tendámosela con fe en los destinos de la humanidad, fortalecidos con las reservas espirituales de nuestra raza. Y frente a las no resueltas ecuaciones planteadas por la ciencia económica, tan vieja como el mundo, y a nuestra inconciliable paradoja de nación opulenta de materias primas y sin embargo pobre de bienes sociales, sepamos conservar siquiera la sonrisa del humorismo, flor de cultura, que baña su propia ironía en ondas cariñosas hacia lo mismo que censura y que en las etapas críticas de los pueblos es, muchas veces, voz risueña que los impulsa a salvadoras soluciones y nuevas formas de vida.

Maestros en el cultivo de este género literario, como legítimos herederos de los romanos, son los poetas festivos españoles, cuya influencia en la fecunda vena de los satíricos chilenos se advierte tras reiteradas huellas en sus pintorescos escritos, como quiera que su reacción ante los fenómenos políticos y sociales de nuestra joven democracia o ante las diarias frivolidades de la existencia, ha debido sugerirles análogas censuras, donaires y chistes de hispánico parentesco, sin otras diferencias que la mayor o menor dosis del talento, los personales atavíos del estilo y los súbitos matices de originalidad arrancados al nervioso curso

de los sucesos. Mas, no obstante aquella influencia de la Península, el privilegiado aislamiento de Chile, escondido tras la nevada fortaleza de los Andes y la mole líquida del mar, conspira a que el humorismo de sus poetas sea más sobrio que el de los hijos del Guadarrama, menos brillante pero más reflexivo y realizador. ¡Dijérase que los colores de la paleta satírica estuvieran aquí suavizados por la morigeradora corriente de Humboldt!

No cabría hablar de poesía festiva castellana sin descubrirse ante los manes de Quevedo, padre y señor de ella, así como Cervantes, tan acribillado por la desgracia mientras vivía, es el monarca de la prosa humorística en todas las lenguas y latitudes.

La musa del formidable epigramatista madrileño en sus desembozadas alusiones ni siquiera respetó la augusta persona de Felipe IV. Explícate, no obstante, esta actitud del rebelde cortesano y político al cerciorarse de cómo la funesta sombra de Gaspar de Guzmán iba socavando la ruina del soberano y la de España. Víctima también de los propios vicios que fustiga, Quevedo gusta despeñarse desde las olímpicas cumbres del apóstrofe hasta las plebeyas quebradas de la procacidad. Su acento es tan atrevido como su vida. Símbolo de su vehemencia lírica es aquel episodio que protagoniza, allá por 1611, en pleno atrio de la iglesia de San Martín, en la Villa y Corte. Durante la devota celebración de las tinieblas última de una estocada «a cierto caballere que había osado dar de bofetadas a una dama desdenosa». Sólo en contadas ocasiones supo el genial poeta infundir a su crítica una elevada intención moralizadora, como en aquellos ponderados tercetos de la «Epístola al Conde-Duque de Olivares». Basta examinar las abundantes muestras pornográficas que da nuestro docto amigo Federico Carlos Sáinz de Robles en su reciente antología de *El Epigrama Español*, para convencerse de que el autor de las *Cartas del Caballero de la Tenaza* las oprímia más de la cuenta en el castigo de sus caricaturescos personajes. Con todo, cuando Quevedo se propone zaherir con gracia, cuando quiere ser decoroso sin dejar de ser incisivo, logra el ático equilibrio del satírico perfecto. Así, en esta décima en que replica a su ilustre rival don Luis de Góngora y Argote, que tanto fervor puso en corresponder a sus odios y demasías:

*Dice don Luis que me ha escrito
un soneto, y digo yo*

*que, si don Luis lo escribió,
será un soneto maldito.
A las obras lo remito
luego el poema se vea;
mas nadie que escribe crea,
mientras más no se cultive,
porque no escribe, el que escribe
versos que no hay quien los lea.*

La misma fuerza epigramática de Quevedo, igual ímpetu en destruir al adversario, escondiendo la mortal puñalada bajo el engaste de una forma cuidadosa, caracteriza al padre dominico Francisco López, cuyo ingenio repentista floreció entre nosotros en la segunda mitad del siglo XVIII. Demos de barato, lo que no es poco, sus dotes de «teólogo muy distinguido» *; pero la perfección de su verso no se compadece con la legendaria trayectoria bohemia de este sacerdote-poeta, unido por vínculos colaterales de sangre con otro chileno eminente: don Eduardo de la Barra.

Hacia nuestros días han llegado los zumbones ecos de una controversia que el padre López sostuvo con el cura de Coquimbo, don Clemente Morán, a quien el despiadado fraile zamarrea de lo lindo, entre otros, con estos donaires:

*Un sueño te contaré
que tuve anoche gustoso:
él es en todo jocosó,
no sé si te ofenderé.
Sabrás, pues, de que soñé
que estaba en un gran salón,
en donde con prevención
había un titiritero,
el cual por ganar dinero
costeaba la diversión.*

*Sacó un mono hecho pedazos
de una figura infeliz,
con una sobrepelliz*

* *Bosquejo Histórico de la Poesía Chilena*, Adolfo Valderrama, pág. 136 vol. VIII de la Biblioteca de Escritores de Chile. Colección hecha por don Enrique Nercasseau y Morán. Imprenta Barcelona. Santiago de Chile 1912.

*compuesta de mil retazos;
tenía por embarazos.
sotana, poncho y gabán,
en fin, era un charquicán
de inservible traperia,
y un letrero que decía:
éste es el doctor Morán.*

Hablar en verso —dice su sobrino nieto el poeta y polemista de la Barra*— era para el padre López como hablar en prosa, y no había momento ni ocasión en que no estuviera dispuestísimo a aceptar un pie forzado, o a glosar una redondilla, o a despachar por los aires un soneto.

Encontrándose una tarde en casa de una comadre, una preciosa muchacha entró al salón llevándole el mate en «mancerina de plata maciza». Menos se demoró el eclesiástico en admirar su belleza que en galantearla con esta redondilla:

*Si Serafina os llamáis
mal vuestro nombre entendéis:
si cera, ¿cómo no ardéis?
Si fina, ¿cómo no amáis?*

Semejante facilidad para el manejo del verso la demostraron en un singular desafío poético, a orillas de la laguna de Tagua-Tagua, don Javier de la Rosa y su malparado rival el mulato Taguada. Ambos payadores son del siglo XVIII, como el padre López. Las instantáneas contestaciones de aquel hacendado criollo al ladino mulato son de una sutileza desconcertante. Taguada le dirige mil preguntas artificiosas. Así, por ejemplo:

*Mi don Javier de la Rosa,
dígame, en su parecer,
una vara estando seca
¿cómo habrá de florecer?*

El aludido le responde veloz como el rayo:

* *El Padre López*, por Eduardo de la Barra
Santiago. Librería, Imprenta y Encuadernación de Guillermo E. Miranda. 1904.

*Habéis de saber, Taguada,
la respuesta va con prisa:
echando la vara al fuego
la florece la ceniza*

En las réplicas del criollo al payador hijo de negra, obsérvase cierta ilustración curiosa para esos días, mezclada a un sentido del humor y a una gracia picaresca netamente españoles. *

Más tarde sobrevienen las primeras luchas ideológicas. Chile trata de procurarse una Constitución Política adecuada a su nueva vida de nación independiente. Entonces yérguese una figura de relieves singulares. Su vasta ilustración solía empañarla un quisquilloso y mordaz ingenio satírico. Era el gaditano José Joaquín de Mora, huésped de nuestra tierra en 1828, liberal de arraigadas convicciones y, digámoslo sin embages, de lengua más corrosiva que las sales mercuriales. Es fama que una sangrienta letrilla en que ridiculizaba al Vicepresidente don José Tomás Ovalle y a su enérgico Ministro don Diego Portales, ambos reconocidos «pelucones», provocó, cuando la leía, un ataque bilioso al magistrado en ella caricaturizado, produciéndole la muerte. Vale la pena recordar tres estrofas de tan virulenta composición:

*El uno cubiletea,
y el otro firma, y no más:
el uno se llama Diego,
y el otro José Tomás.*

*El uno hace los pasteles
con su pimienta y su sal;
el otro hasta en los rebuznos
tiene cierta gravedad.*

*El uno es sutil y flaco,
que parece hilo de holán;
y el otro con su barriga
tiene algo de monacal.*

* Los amantes del folklore pueden leer estos versos en el tomo I del Boletín de la Academia Chilena, bajo el título *Fragments de la célebre palla en que don Javier de la Rosa venció al mulato Taguada* (Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, págs. 271 a 274 del Apéndice). También don Samuel Lillo (*Literatura Chilena*, séptima edición, págs. 28 a 31), inserta un trozo de estos versos. Véase, además, en *Retablo Pintoresco de Chile* (Zig-Zag, 1953), de Antonio Acevedo Hernández, el ensayo *Vida y pasión de dos grandes payadores: Taguada, el maulino, y Javier de la Rosa*.

Lamentando el trágico destino de esta letrilla y por muy respetables que sean los dos personajes en ella estilizados, nadie podrá negar su admiración a la perversa desenvoltura poética de Mora, a su feliz asociación de la gracia y la burlesca agresividad para exhibirnos de cuerpo entero el retrato físico y moral de ambos gobernantes.

A menor altura de creación literaria, si bien dotado de la misma causticidad que Mora, libró sus memorables batallas periodísticas en verso, a fines de la pasada centuria, la fácil inventiva de Juan Rafael Allende. Hizo gala de su anticlericalismo en las columnas de *El Poncio Pilatos*, *El Padre Padilla* y *El Padre Cobos*, nombre este último importado de Madrid y correspondiente a una célebre publicación humorística que precipitara en 1856 la caída del general Espartero, quien desde su oscuro origen de hijo de un carpintero había llegado a ser regente del reino.

Rayó en tales excesos el espíritu combativo de este humorista que el Ilmo. señor Casanova prohibió la lectura y circulación de *El Poncio Pilatos* por decreto de 3 de agosto de 1895. A esta medida repuso Allende con unas hirientes estrofas hechas en la clásica forma de Jorge Manrique, las más moderadas de las cuales decían:

*Como mi condenación
no te importa ni un adarme,
me excomulgas.
Gracias por tu excomunión:
con ella no han de picarme
ni las pulgas.*

*Tu conducta intemperante
no me produce congojas:
me da risa.
Pues yo sé que en adelante
van a leer esas hojas
hasta en misa.*

No satisfecho con su propia respuesta, este ardoroso gladiador, en un golpe de audacia, cambió el nombre a su periódico, dándole primero el título de *Don Mariano Casanova* y, después, de *El Arzobispo*.

Allende no sabía del suave humorismo sino del sarcasmo. Su espíritu fiscalizador no gustaba de las medias tintas, no tenía debilidades ni reticencias. ¿Qué habría dicho en nuestros días, quién escribiera este sonetillo que parece cobrar ahora perfiles de fresca actualidad?

*Se necesita artimaña
y nacer con buena seña
para alcanzar la halagüeña
breveta del Fisco y castaña.*

*Sin embargo, a nadie extraña
que suba de peña en peña
tanto necio que se empeña
en medrar, siendo alimaña*

*¿Es el tiempo de rapiña
¿Sube la gente bisona
o es que imponen las pezuñas?*

*¡No lo sé! Pero hoy se apiña
el pueblo a mirar la roña
que se afila bien las uñas.*

Si más refinada en la expresión, la sátira política del siglo pasado en la Península ofrece muchas semejanzas con la nuestra. El interés del pueblo por la acertada conducción de los negocios públicos es allí un atributo, por no decir un derecho, en que rivalizan por igual monarquistas y republicanos, liberales y moderados. Viene al caso recordar a este propósito una joya bibliográfica aparecida en Madrid en 1864 y dedicada «a todos los españoles que han sido ministros o que puedan serlo, es decir, a todos los españoles». Nos referimos a una salpimentada obrilla en verso, titulada *Cabezas y Calabazas. Retratos al vuelo de las notabilidades en política, en armas, en literatura, en artes, en toreo y en los demás ramos del saber y de la brutalidad humana, seguidos de varios cuadros de costumbres más o menos políticas, y pintados al fresco por Manuel del Palacio y Luis Rivera, académicos de la legua.* *

* Segunda edición. Madrid, 1894. Librería de D. Miguel Guijarro, editor. Calle de Preciados, núm. 5 (214 páginas).

Veamos cómo enjuician ambos autores a una figura simpática para los chilenos, el brillante orador y estadista don Luis González Bravo, que en 1844 suscribiera en la Villa y Corte, en unión con nuestro plenipotenciario el general don José Manuel Borgoño, el tratado de paz y amistad entre nuestra patria y España, en virtud del cual Su Majestad Católica nos reconocía «como nación libre, soberana e independiente». De esta descolante personalidad, que después de haber sido liberal sin enmienda, convertíase en el reaccionario colaborador del duque de Valencia, general don Ramón María Narváez, hacen esta semblanza los agudos pintores de *Cabezas y Calabazas*:

*Siempre tu enemigo fui;
pero a tu ingenio, que alabo,
tantas veces me rendí,
que ya nunca digo ¡bravo!
sin acordarme de tí.*

*Mas tú este recuerdo alejas,
perdona si con mis quejas
exclamo al ver lo que labras:
—Pocas veces van parejas
tus obras y tus palabras.*

Al respetable dramaturgo don Adelardo López de Ayala, de ideas conservadoras, le regala un epigrama más severo que el anterior, sin restarle sus méritos literarios pero sometiendo a mordaz censura sus veleidades doctrinarias que del campo isabelino le llevaron al revolucionario y, a la postre, le hicieron abrazar, junto con Cánovas del Castillo, la causa de la restauración borbónica.

*El tanto por ciento Ayala
como literato ha hecho,
pero como hombre político
siempre hará el tonto por ciento.*

¡Triste condición humana! El notable humorista y a la vez delicado poeta lírico que era don Manuel del Palacio, sufriría también parecidos quebrantos en sus convicciones: después de

probar en 1867 las amarguras del destierro por sus arraigadas ideas democráticas, viraba en redondo hacia la monarquía, al igual que López de Ayala, representándola en lucidos cargos diplomáticos en Italia y Uruguay. Acaso por eso había escrito con más veras que ironía en *Cabezas y Calabazas*:

*A la sombra de un naranjo
me puse a considerar
que no hay desgracia más grande
que ser pobre y liberal.*

Volvamos a los satíricos chilenos en el siglo XIX. El mejor de ellos es, por caprichosa ironía, un bardo sentimental de hondo acento, ilustre plenipotenciario de nuestro país en Colombia y que supo encordar su lira tierna y melancólica con las alegres notas de la censura política y del epigrama juguetón. Aludimos al recordado cantor de *Río, río...* y *Las cartas de mi madre*: José Antonio Soffia.

Catorce años antes que Allende dirigiera sus sarcásticas estrofas a Monseñor Casanova, en el primer número de *El Jote*, redactado en compañía de su colega en Apolo, Fanor Velasco, había publicado Soffia estas redondillas dedicadas al entonces metropolitano de Santiago, doctor don Rafael Valentín Valdivieso, cuya actuación pública, junto con la del eminente historiador don Crescente Errázuriz —recio pilar de *El Estandarte Católico*— encontraban un celoso panegirista en la castiza pluma de Rómulo Mandiola, brioso animador de *La Noche*:

*Ilustrísimo señor:
a vuestro amparo me acojo:
la ley del «ojo por ojo»
es mi divisa de honor.*

*Para responder al reto
de vuestra piadosa grey
no puede haber otra ley
más apropiada al objeto.*

*Sin tener vuestro reproche
usaré un estilo igual*

*al estilo episcopal
que le habéis dado a «La Noche».*

*Embromar a los que embroman
es obra cristiana y pía:
sabe Vuestra Señoría
que donde las dan las toman*

*Siempre fiel a mi divisa
si me pican, picaré;
si callan, me quedaré
calladito como en misa.*

*Mas si el insulto ruín
sigue empleando vuestra gente,
pagarán diente por diente
don Crescente y don Joaquín.*

*Y al rencor dando rencor
y oponiendo hiel a hiel,
¡ habrá guerra sin cuartel,
Ilustrísimo señor!*

Antes de ingresar en la diplomacia, Soffia había desempeñado el cargo de Subsecretario del Interior. Desde ese puesto efectuó curiosas innovaciones en las rutinarias prácticas administrativas; dióse el lujo de estampar en los expedientes que le llegaban en consulta las providencias de rigor en dísticos, redondillas y cuartetos. Cuéntase que el Intendente de Concepción envió una lastimera nota a Soffia solicitándole fondos para remediar los males ocasionados por una epidemia. La respuesta del poeta-funcionario no se hizo esperar:

*Contéstese a Concepción
que sufra su suerte ingrata,
pues en las arcas no hay plata
para calmar su aflicción.**

* Sobre este interesante aspecto satírico de Soffia, consúltese a Raúl Silva Castro: *José Antonio Soffia (1843 a 1886). Un capítulo de la historia literaria de Chile*. Págs. 73 a 82. Imprenta Universitaria, Santiago, 1951.

A quienes miren con ojos escandalizados los desahogos heterodoxos de Allende y de Soffia, les reproduciremos un soneto, debido nada menos que al célebre agustino español fray Diego Tadeo González, restaurador de la lírica en Salamanca durante la segunda mitad del siglo XVIII. Este eclesiástico, de vida apacible y modestia ejemplar, como que ordenó se quemaran sus obras antes de morir, lo cual no fué cumplido por sus amigos cambia completamente la fisonomía en esta composición que, cual envenenada saeta, lanza contra la débil humanidad de un «orador contrahecho y zazoso»:

*Botijo con bonete clerical,
que viertes la doctrina a borbollón,
falto de voz, de afectos, de emoción;
lleno de furia, ardor y odio fatal;*

*la cólera y despique por igual
dividen en dos partes tu sermón,
que, por tosco, punzante y sin razón,
debieras predicársele a un zarzal.*

*¿Qué prendas de orador en tí se ven?
Zazoso acento, gesto pastoril,
el metal de la voz cual la sartén,*

*tono uniforme cual de tamboril,
Para orador te faltan más de cien.
Para arador te sobran más de mil.*

Este soneto, de claro abolengo hispánico, nos despierta la no menos risueña memoria de un sonetillo, elaborado circunstancialmente por Víctor Domingo Silva, autor —dicho sea al pasar— de *Noches de plata de Madrid*, en nuestro concepto el más delicado madrigal rendido por un americano a las plantas de la reidora y esbelta ciudad del Manzanares. En este sonetillo el autor se propuso poner a raya a uno de sus compañeros de letras.

A fines de la última centuria solían reunirse, ya en casa de Silva, ya en alguna pastelería o restaurante de nuestra capital, un grupo de escritores bohemios, entre los cuales rara vez faltaba el poeta Carlos Pezoa Véliz. Este era alegre, festivo, pero con

frecuencia se reía de sus colegas y en epigramas sazonados con refinada sal por él mismo, los dejaba mal parados sacándoles a relucir más bien sus defectos que sus bondades. Con tal conducta se hizo tomar distancia y hasta mala voluntad entre sus contertulios.

Miraba Pezoa Véliz sólo las debilidades del prójimo y no las propias. Dábase importancia sobrada con sus dos apellidos. No recordaba que Pezoa no pasaba de ser sino una traducción del portugués *Pessoa*, que quiere decir *persona*. Con su cuerpecillo menudo, sus ojos azules, cabello rubio y nariz colorada, daba la impresión de lo que en Chile llamamos *gringo pobre*. Para terminar el esbozo agregaremos que al lírico de *Tarde en el Hospital* le agradaba mucho el baile.

Una noche, en cierta casa de cena, hartos ya más que de brindis y bocadillos, de escuchar a Pezoa Véliz epigramas intencionados, Víctor Domingo Silva se levanta junto a la mesa en que estaban reunidos y recita este sonetillo allí mismo aderezado:

*Pezoa, escucha una loa
gran bailarín de mazurcas,
que tu lenguaje bifurcas
como la lengua de un boa.*

*Pezoa, si en tu canoa
las playas de oriente surcas,
no es raro que algunas turcas
te hayan teñido la proa.*

*Pezoa, palabra sonsa,
mitad brinco de peonza,
mitad pezuña de establo.*

*Pezoa, extraño vocablo
que usó el diablo en jerigonza,
cuando era poeta el diablo.*

A partir de aquella noche, nunca volvieron a salir epigramas de los picarescos labios de Pezoa Véliz...

También, a fines del siglo pasado, otro escritor de ascendencia italiana, Miguel Angel Gargari, redactor de varios periódicos,

enemistóse con algunos jóvenes poetas de Santiago porque, llevado de su incurable mordacidad, los ponía en solfa, tomando como pretexto las melenas, las grandes corbatas, los sombreros alones.

Diego Dublé Urrutia, Marcial Cabrera Guerra, Ricardo Prieto Molina y el ya recordado Víctor Domingo Silva, entonces muy mozos, todos ellos colaboradores de *La Revista Cómica*, aguardaban la oportunidad para darle una lección al crítico de marras. Los tres poetas nombrados, hecha excepción de Silva, intervinieron en la vindicatoria empresa de componerle un feroz soneto anónimo a Gargari. El último verso de esta mixtura jocosinjuriosa, que aludía al sitio en donde este dómine entintaba su pluma, habría hecho sonrojarse al propio Quevedo. De tan curiosísima joya festiva se imprimieron diez mil ejemplares repartidos con profusa malignidad en las casillas de los distintos correos de Santiago.

Ya que razones de salubridad estética nos impiden reproducir aquel soneto, reemplacemos la carta, en nuestro mosaico epigramático, por esta otra. Es también un soneto, mitad grave y mitad en broma, en que Diego Dublé Urrutia adhirió al banquete que en el Club de la Unión se ofreció el 28 de junio de 1947 al poeta e hispanófilo don Samuel A. Lillo, con motivo de haber obtenido el Premio Nacional de Literatura.

*Este viejo pontón, que fuera otrora
bajel que navegó la mar entera,
hoy bate, reverente, su bandera,
al paso de tu nave triunfadora.*

*Bien mereces el triunfo... y la albacora,
y el brindis, y el caviar, y la ponchera
que, esquina de Alameda con Bandera,
te estás gozando y saboreando ahora...*

*Yo jay de mí! con San Pablo en una mano
y Homero en la otra, pido a Dios por Lillo,
mi viejo protector y noble hermano...*

*y por que de esta hazaña salga sano...
y libres, su Laurel y su bolsillo,
de tanto roedor y tanto pilllo.*

Si las rencillas entre poetas suelen contagiar a una buena porción del gremio, las rivalidades entre médicos no acostumbran darse tregua ni cuartel.

Figura de escalpelo asaz experimentado tuvo la pluma, sin duda de cirujano, que trazó esta cuarteta, hasta ahora anónima, digna de colocarse a la diestra de la popular redondilla de Bretón de los Herreros:

*Si el que cura en esta aldea
es médico o asesino,
que venga cualquiera y lea.
Se firma: «Doctor Dañino».*

Por cierto que no desmerece en nada del estilo bretoniano la transcrita miniatura epigramática, según se apreciará repitiendo una vez más la vieja redondilla del insigne autor cómico español:

*Hay en esta vecindad
cierto médico poeta,
que al pie de cada receta
pone: «Mata», y es verdad.*

¿Cómo llegó a mis manos esta cuarteta anónima? La sorprendí, entre amarillentos legajos, haciéndome cabeza de proceso, para hablaros en jerga judicial, en una querrela deducida por don Vicente Dagnino, médico que fuera de Buñ, en donde aparecieron estos versos adheridos a las moradas del vecindario. Por no haberse podido individualizar al autor de este desaguizado, se había sobreseído hacía años en la querrela. Fué así como la Secretaría de la Corte de Apelaciones de Santiago, que conservaba el expediente, dispuso, cautelosa de sus abrasadoras rimas, enviarlo a los fríos sótanos del Archivo.

El equívoco es, en el género festivo, un recurso de espontánea eficacia, pero cuya frecuente repetición inutiliza sus efectos. Diestro conductor de esta muletilla era el simpático poeta vigués Luis de Taboada, desaparecido en 1906, que en *Madrid Cómico*, *A. B. C.*, *Blanco y Negro* y *La Ilustración Española y Americana* arrancó millones de carcajadas a sus lectores de uno y otro continente, junto con sus no menos ingeniosos compañeros Vital

Aza, Miguel Ramos Carrión, Sinesio Delgado, José Estremera y Tomás Luceño.

Aunque nuestra Biblioteca Nacional no guarda en su fondo bibliográfico ninguna producción del chispeante autor de *La vida en broma*, algunos santiaguinos recordarán que, al abrirse en cierto semanario de la Coronada Ciudad de la Alegría un certamen literario para premiar «*la mayor inocentada*» —tema señalado a los concursantes— triunfó entre cientos de ellos la maliciosa vena satírica de Taboada con esta admirable quintilla:

*La mayor inocentada
que se puede cometer
es unirse a una mujer
sin tener el hombre nada,
se entiende... para comer.*

Estos versos de dobles matices insinuantes como algunos rostros de mentirosa inocencia, sin tener el realismo descarado de Quevedo son primos hermanos de los que en el licencioso *Padre Padilla* dedicara a don Miguel Luis Amunátegui A. la explosiva musa de Juan Rafael Allende. El atildado historiador, ya proecto y valetudinario, había derrochado cálidas galanterías a la trágica francesa Sara Bernhardt consagrándole un artículo con motivo de su presentación en el Teatro Municipal. Incorregible transformador de las nobles actitudes artísticas en caricaturas irreverentes, el mordaz Allende rióse con criolla donosura del ilustre autor de *El Descubrimiento y Conquista de Chile* en unas redondillas que daba como escritas por su hermano Gregorio Víctor. Vengan cuatro flores de aquel venenoso ramillete:

*Cuando mudo te encontrabas,
hombre, con la que salís:
también a vos, Miguel Luis,
se te calientan las tabas.*

*Haciendo loas, ¡buen dar!
en las que tu estro levanta
¡no es nada! a una comedianta
como la Sara Bernhardt!*

.....

*Mira: yo que soy tu hermano
no te reconozco ya...
¿O ese tu calor será
porque se acerca el verano?*

.....
*Cantar con tanta fineza
a la muy célebre Sara
cuando ya no se te para
ni una liendre en la cabeza.*

Allá por 1907, el ameno ilustrador del viejo *Zig-Zag* conocido por «Moustache» —esto es, Julio Bozo Valenzuela, que ocultaba tras este seudónimo los bigotes de su fina observación crítica— estaba a punto de guardar su travieso lápiz para acogerse a la jubilación. Al darle un chico de la prensa esta noticia al poeta Pedro E. Gil —el cáustico «Antuco Antúnez» del *Correvela* y otras publicaciones— respondióle con indiferencia el muy socarrón: «—¡Hombre! si eso es lo que está haciendo «Moustache» desde ocho años a la fecha». El amigo, todo alarmado, arguyóle: «—Pero, dí, ¿qué es para tí jubilar?» Gil se despidió entonces de su interlocutor con este sermoncito:

*—¡Ah, zafio que por tu mengua,
sin mostrar rubor alguno,
te me revelas ayuno
del léxico de la lengua!
Consúltalo y te impondrás
de que en su sabio sentir
«jubilarse» es producir
el júbilo en los demás.*

Este júbilo lo esparció a raudales durante toda su vida el satírico glosador de las principales revistas chilenas en el primer cuarto de este siglo. En 1912 un cablegrama difundía en Santiago la triste nueva del fallecimiento de Vital Aza, maestro del género cómico e inolvidable zarzuelista de *El Rey que rabió*, clásico nombre que todavía ostenta una popular tiendecilla de nuestra calle San Diego. Pedro E. Gil, consumado artista del retruécano, como que también solía firmar sus flúidos versos con el mote de «Zenón Evero», rindió el postrer homenaje al simpatiquísimo

humorista asturiano con unas sentidas estrofas. Mas, no pudo contenerse en el tentador empleo del equívoco, y, entre risas y lágrimas, «Zenón Evero» hablóle así a su colega de malabarismos idiomáticos:

*Maestro, ¿pero es verdad?
O es un infundio siniestro
de ese cable sin piedad,
de que te has ido, maestro,
con rumbo a la eternidad?*

*Vital, qué frío mortal
el que yo experimenté
al darme cuenta cabal
de que era verdad que te
faltó el aliento... vital.*

Pero el autor de *Todo en Broma* y de *Frivolidades*, el médico-literato censor de sí mismo en *La Rebotica*, sigue prodigando aún entre sus fieles admiradores el aliento vital de su gracejo. Volvamos a sonreír con la historieta de una de sus genialidades. Una guapa corista le solicitaba un soneto, por la mediación de un amigo. Don Vital le respondía excusándose de escribirle versos y —¡oh ingeniosos recursos del humor!— daba forma a sus disculpas en la impecable arquitectura de un soneto con este final:

*Le haría un buen regalo por hermosa,
o una caricia, si ella la prefiere;
quieras que no, le haría la forzosa;*

*le haría hasta el amor... o lo que fuere;
le haría, en fin, ¡quién sabe! Cualquier cosa.
¿Pero un soneto?... ¿Para qué lo quiere? **

Humorismo de fina ley era el que se cultivaba en el pueblo de La Ligua a comienzos de este siglo. Y este humorismo hallábase íntimamente ligado a una tradición de auténtico origen hispánico. Sabido es que, durante la colonia, Chile semejaba un apa-

* *Frivolidades. Versos y Prosa. Ilustraciones* de B. Gili y Roi. Barcelona. Herederos de Juan Gili, editores. 1909.

cible claustro monacal entregado de lleno a las prácticas devotas. Solía alegrarse tan sólo con los juegos de cañas o sortijas y las corridas de toros o de patos. Sabido es, también, que coronando las severas solemnidades de la Semana de Pasión, el Sábado Santo era, al revés del nuestro tan vocinglero, de un silencio religioso impresionante. Únicamente al amanecer del Domingo de Resurrección establecíase el tránsito de carruajes, aturdían el cielo las salvas reales y los animados pregones de los comerciantes callejeros y un río de notas melodiosas amenazaba con desbordarse de todos los campanarios de la ciudad. Después de cantado el «Surrexit Christus» en la solemne misa mayor, el pueblo, en grandes oleadas, concurría al acto de la quema de Judas, simbolizado en un monigote aderezado con ridículas prendas de vestir. Los liguanos, amantes del folklore, siguieron practicando, año tras año, esta costumbre evocadora del trágico fin del Discípulo Traidor. Pero con una característica bastante original: leían el «testamento de Judas», momentos antes de su ejecución, vertido en la amable y traviesa forma del verso. Aquellas vivaces expresiones de poesía festiva, iniciadas en 1909, continuaron renovándose hasta 1913. Autor de estos versos, que alcanzamos a escuchar siendo niños, fué Manuel I. Arabena A., director de *El Deber* de ese pueblo y padre del que hace estos recuerdos. Por curiosidad insertamos uno de aquellos «testamentos».*

*Yo, don Judas Iscariote,
que traicioné a mi Maestro,
al colgarme del cogote
quiero hacer mi testamento.
En la gran Jerusalén
capital de la Judea,
ante escribano y también
con testigos, por mi abuela.
Declaro que soy judío
y que no tengo conciencia,
pues a Jesús he vendido
por unas cuantas monedas.
Solamente a mis amigos*

* En el curioso trabajo de Nieves de Hoyos Sancho (*Folklore de Hispanoamérica: la quema de Judas*, Revista de Indias N.º 41, julio-septiembre de 1950), apenas se hace referencia a este asunto en Chile y, por supuesto, no se da ningún verso de tan criolla y festiva modalidad.

les voy a dejar herencia:
para cada cual un lío
de maldad y desvergüenza.
Lego mi perfidia intacta
a toda la descendencia
de malvados que una espada
siempre llevan en la lengua.
A otra gente menguada
el adulo y la bajeza,
componentes de la pata
que hacen a diestra y siniestra.
hacen a diestra y siniestra.
El inmundo servilismo
a los seres más abyectos
que alaban los torpes vicios
de los grandes y opulentos.
El pelambre y pelambrillo
a los mal intencionados,
hipócritas sin destino, barrabases solapados.
Mis enredos y mentiras
a los malos abogados
cuyo bufete es cocina
de muchos desaguisados.
Mis patillas y bigotes
a las niñas que he querido;
que se haga el reparto en lotes,
para crespos y cerquillos.
Las pestañas de mis ojos
a las mujeres bonitas:
con arte mirando a todos,
harán pronto su conquista.
Mi chaleco y pantalones
a los sastres, por modelo,
con amplios ventiladores,
con rodilleras y flecos.
Sin duda no habrá mejores
ejemplares domingueros
para futres y señores,
antes de lucir los cueros.
El chaquet, prenda querida,

lo dejo a la Diplomacia,
pues su corte es, a fe mía,
diplomático de raza.
Las medias y calzoncillos
serán para el perfumista:
conocerá que son míos
por la marca y por la pinta.
Les recomiendo su extracto,
por si buscaran fortuna,
a poetas mentecatos
que hacen versos a la luna.
Este que un tiempo fué tongo,
de moda cosmopolita,
hoy por los años canoso,
con arrugas y polilla,
y estos zapatos tan finos
que fueron de cabritilla,
al presente mal feridos,
con más hoyos que una criba;
se los reservo a los pacos
licenciados de La Liga,
para ue, previo inventario,
pronto los pongan en rifa.
Y este corazón ingrato
lo dedico a los traidores:
ellos serán mi retrato
de no pocas ediciones.
(Sigüen unos garabatos
en la escritura perdidos,
por firma del escribano,
de Judas y los testigos.)

Decían los griegos que

*Para ser más perfecto el epigrama
de un dístico no más ha de formarse.
Y si algún charlatán más se extendiera,
no epigrama, discurso es el que hace. **

* Cirilo, *Antología griega*. Colección de antiguos poetas griegos formada por don Angel Lasso de la Vega. Biblioteca Universal, Madrid, 1919.

¡Ca! Si no conocieron el castellano «ovillejo» ni la fluidez de la traviesa décima, rápida como el chiste de sabrosos consonantes en los labios de Pedro E. Gil o de Armando Hinojosa.

Reabrir las alegres páginas de la revista *Sin-Sal* —esa «le-
sera semanal ilustrada», según ufanábanse en declararlo sus
motes, y «escrita por tontos irresponsables», hija del feliz ingenio
de Armando Hinojosa— es volver a respirar la quietud de la an-
tigua ciudad del Mapocho y del Cerro Santa Lucía, tan distinta
de la tumultuosa y fatigante metrópoli de nuestros tiempos. En
esta revista bulle la política, la crónica social, los sucesos de po-
licía desde comienzos de 1907 hasta el invierno de 1909, en que
aquel semanario desapareció. En uno de sus números figura una
Guía de Santiago que es para perecer de risa. Por ese entonces
apareció un libro de «Tatín» —seudónimo de Benjamín Vicuña
Subercaseaux— que era vástago del ilustre historiador Vicuña
Mackenna. Las producciones dadas a luz por «Tatín» eran un
tanto discutidas entre los entendidos: sosteníase que el hijo solía
espigar en las pródigas heredades de su progenitor. Comentando
el nacimiento de este nuevo libro, expresaba en el número 4 de su
revista* el sarcástico Hinojosa:

*Si te quitaran, Tatín,
lo que a otros autores tomas,
¿qué te quedaría al fin?
—Tan sólo puntos y comas.*

De los redactores de necrologías, legión tan abundante como
peligrosa, aun para los mismos finados, burlábase sin ninguna
indulgencia en este mismo semanario el chispeante humorista,
propinándoles esta punzante cataplasma:

*En la muerte del perro de un artista
en la «Vida Social» de cierto diario
ha publicado un «eco» un periodista
en tono lastimero y funerario.*

*En cambio, de un artista fallecido
tan sólo tres renglones han salido*

* 21 de febrero de 1907.

Moraleja:

*Para el diario en cuestión, esto es lo cierto,
vale más que un artista, un perro muerto.*

Lo mismo que Hinojosa con respecto a «Tatín» y a otros escritores, Juan Martínez Villergas —fustigador de Narváez, Espartero y otros políticos de su época— hacía análogas burlas en Madrid a cierto desconsiderado embadurnador de cuartillas en esta salada estrofa:

*Los diez tomos, vive Dios,
que ha publicado Quiroz,
con notas y suplementos,
como los diez mandamientos,
pueden reducirse a dos.*

Sabido es que el redactor de *Sin-Sal* tenía una nariz bastante abultada. Aludiendo a esta su infortunada prominencia facial, apuntaba el fino costumbrista Joaquín Edwards Bello en una de sus populares crónicas: * «Era un hombre grande, bien plantado, de ojos y cabellos negros, un poco ensortijados, de labios sensuales y narices anchas. Humorista ingénito, se reía de todo y empezaba por reírse de sí mismo. Contaba que en la Puerta del Sol una chula le había dicho: «¿Por qué se trajo esas narices? ¿Se hã creído que es carnaval?»

También este ingenioso chileno fué azote y terror de los políticos. Tanto los vapuleó, y no siempre exento de razones, que al fin, asociándose moros y cristianos, acertaron a dar con una lisonjera fórmula para acallarlos: nombraron a Hinojosa «Inspector de Consulados en Europa». Pero en París volvió a su oficio: redactó un periódico: *L'Amérique Latine*. ¡Pobre del que no suscribiera a esta publicación! ¡Nadie le despintaba la caricatura y los versos laudatorios de su terrible especialidad!

Regresado a su querido Santiago, y ya poco antes de morir, cuando la grave dolencia que le llevaría a la tumba le impediría seguir escribiendo, le preguntó una persona indiscreta de esas que nunca faltan:

—¿De qué está usted enfermo, Hinojosa?

ción, 24 de febrero de {1951}.

* *Armando Hinojosa* (La Patria, Concepción, 24 de febrero de {1951}).

—De lo mismo de *El Diario Ilustrado* —respondióle con amarga sonrisa:— falta de circulación.

Eran los críticos días de 1927, en que viendo esterilizada su acción, resignaba el poder supremo un virtuoso ciudadano: don Emiliano Figueroa Larraín, gran señor de la anécdota y el más criollo de nuestros gobernantes, junto con don Ramón Barros Luco. En esas horas de incertidumbre, la figura del coronel Ibáñez se dibujaba con enérgicos perfiles en el escenario de la política nacional. Aquel gran rotativo combatía su candidatura.

Otro ingenioso poeta satírico, desaparecido en 1948, fué el autor de *El mundo sin paz*, don Luis María Acuña, ágil editoria- lista de *La Unión* de Valparaíso y sacerdote de sólida erudición en materias económico-sociales. Para olvidar la aridez de estas disciplinas, gustaba alternar lo grave con lo ameno, las rosas de los Evangelios con las escondidas e ingeniosas espinas del epi- grama. ¿Quién no conoce alguna anécdota suya? Daba don Luis María una conferencia a teatro colmado en Concepción. Admi- rable atleta de la memoria, no obstante su magro y frágil cuerpe- cillo, el brillante pensador quiso cerrar uno de sus períodos con una cita de Vásquez de Mella, en que se caracterizan los adelantos y conquistas de los veinte siglos de civilización cristiana. El audi- torio, frenético, aplaudió en lo mejor de la cita al conferenciante. Pero éste, sin poder contenerse, replicó maliciosamente: «¡Silencio, señores! ¡Todavía me quedan cuatro siglos...!»

Si galano en su dicción, el presbítero Acuña era de un des- aliño proverbial en su vestir. Acostumbraba a embozarse con una capa de color indefinible como los matices doctrinarios de algunos políticos. Después de dilatados servicios, le obligaron los amigos a conceder los desagravios de una tardía jubilación a tan fiel compañera de afanes y discursos. ¡Ya era tiempo más que premioso! El viento norte de Valparaíso solía poner a prueba su enclenque figura y también aquella ruínosa prenda con que pro- tegía su desgarbada humanidad. Agradecido de tan generosa compañía, don Luis despidióse de ella con esta festiva improvi- sación:

*Esta capa que me tapa
tan pobre y mísera está,
que sólo porque se va
se puede decir que es... capa.*

No habría desdeñado firmar esta redondilla el inquieto Martínez Villergas, que alcanzó en sus andanzas hasta Argentina y que en sus *Poesías Jocosas y Satíricas*, editadas en Madrid en 1847, hace este elogio de las prendas que luce un petimetre:

*Siempre levita ha gastado
con solapas, don Julián.
Y hoy con solapa ha estrenado
un chaleco y un gabán.
¡Oh, qué hombre tan solapado!*

Hijo de Linares, cuna de grandes escritores, otro presbítero se ha distinguido en el cultivo de la oratoria y de las letras. No usa capa al modo de su entrañable amigo Acuña, pero mientras ejerció el periodismo y la docencia en la Perla del Bío-Bío, dejó huellas de invicto poeta «decimero» y de sutil artífice del «ovillejo». A principios de esta centuria apacentaba la diócesis de Concepción Su Ilustrísima don Luis Enrique Izquierdo, pastor tan abnegado como fino hombre de mundo, que había reunido en torno suyo a una pléyade de sacerdotes que eran verdaderos artistas del buen humor. Descollaba entre ellos el capellán don Bernardino Abarzúa, cuyas celebradas arengas *De la Tierra y de la Raza* constituirán siempre un libro chileno por excelencia.

No lleva capa, decíamos, como el poeta Acuña. Mas, son de la más pura solera madrileña y dignos de la pluma de Quevedo, estos endecasílabos de sonriente pie quebrado que a un fraile agustino, sitiado por las asechanzas de una lombriz solitaria, le compuso a los postres de un conventual banquete su castizo epigramatista y hermano de religión:

*Siempre pensando en cosas de la fe,
José,
lleva cara de místico jolgorio,
Gregorio:
herencia, según dicen, de su abuela,
Valenzuela.
Con la traza y hablar de un hombre franco,
Blanco.
Tiene dos cosas largas: la nariz
como bastón para saltar barranco,*

*y en la caja del cuerpo una lombriz
que apenas le permite dar un tranco,
José Gregorio Valenzuela Blanco.*

Podría ser que alguien sintiera una punzada pecaminosa en sus oídos escuchando silbar los dardos de la sátira en plenas sienas eclesiásticas. Sirva, empero, de indulgencia a este «ovillejo» su traviesa elegancia carente de odiosidades. Y en aquello de la pertinaz lombriz solitaria, demos traslado al médico; que en cuanto a la nariz «como bastón para saltar barranco», válgannos de bálsamo epigramático estas rotundas redondillas, elaboradas también por un sacerdote en el siglo xvii, que asistiendo como secretario a Su Ilustrísima el Obispo de Lugo, convirtiéndose en mortificante alguacil de clérigos y beatas. He aquí las redondillas prometidas y que a una mentirosa beldad le compuso, a falta de los consuelos de una eficiente cirujía estética, ese genio de la causticidad que se llamaba Salvador Jacinto Polo de Medina:

*Tu nariz, con calidad,
es, por su naturaleza,
símbolo de la largueza,
cifra de la inmensidad.*

*Primero que tú, Beatriz,
sale siempre de tu casa;
y tan adelante pasa,
que ya pasa de nariz.*

Lo curioso es que el inexorable autor de estos versos «era estevado y cargado de espaldas, de pies grandes, en posición de noventa grados. De nariz larguísima y acarnerada. De ojos pequeños. De lacios cabellos castañoscuros. Siempre llevaba baja la cabeza. Siempre sus miradas iban pegadas al suelo.» Nos lo afirma así textualmente Federico Carlos Sáinz de Robles en el tomo II de su *Ensayo de un Diccionario de la Literatura*, recién editado por la prestigiosa casa Aguilar de Madrid.

Y como quiera que los defectos físicos y las debilidades morales han sido siempre inagotable fuente de inspiración para la sátira, opongamos a las dos redondillas ya citadas este epigrama que *A un político archi-vandoso* dirigiera «Gil del Arco» en el

número 35, correspondiente a abril de 1896, de *La Revista Cómica*, fundada en Santiago por un notable lírico y humorista: don Julio Vicuña Cifuentes:

*Flaco esqueleto, procura
caminar con más firmeza,
proceder con más cordura,
no digan que tu flaqueza
es mayor que tu flacura.*

El capellán Abarzúa, no obstante ser un monje militar, no ha cruzado ni en sueños su acero con el impetuoso Quevedo en galantes desafíos, ni en medio de la característica indigencia del escritor ha tenido que recurrir al ingenioso recurso de disfrazarse de mendigo, como el célebre humorista de la *Vida del Buscón*, para salvar la cabeza después de una frustrada conspiración en sus andanzas por Venecia. Pero, lo mismo que a Quevedo, se le atribuyen a porrillo letrillas, décimas y ovillejos y hasta románticos madrigales que, de ser suyos auténticos, acaso le habrían provocado más de un lance de capa y espada.

No sólo la casulla de los fieles ministros del Señor ha sabido ocultar versos festivos entre litúrgicas reverencias y latines majestuosos. También nuestros parlamentarios, los sesudos legisladores, han solido rendir culto al epigrama desde los tiempos del chispeante don Alfredo Yrarrázaval Zañartu. Así, don Justiniano Sotomayor, diputado por Santiago en la legislatura de 1937 a 1941, sorprendido al ver en nuestras playas a la morena beldad mexicana Dolores del Río, la saludó con esta elogiada cuarteta que, por su expresiva brevedad, es acabado modelo del género:

*Sucedan cosas sin par
a este corazón mío:
salen sirenas del mar
y la Dolores... del Río.*

No le va en zaga esta otra cuarteta del ático subdirector de la Biblioteca del Congreso Nacional, don Abraham Valenzuela Carvallo, que jugando con los nombres de dos políticos de figuración —don Manuel Madrid Arellano y don Alfonso Quin-

tana Burgos— cobra hoy criolla actualidad, ya que está vivo el recuerdo de la aplaudida Exposición Española que nos visitara:

*De las ciudades del Cid
en las cuales yo no hurgo,
buscaba Manuel, Madrid,
y Alfonso Quintana, Burgos.*

Como la muerte del «cóndor» y la sideral altura del «dólar» nos impiden darnos la satisfacción de llegar hasta Burgos o a los alegres cafés matritenses, volvamos a Concepción para recoger una primicia más del ingenio festivo de Abarzúa. Estaba aquejado de gripe, y una monjita del claustro de la Providencia le envió una jarra con té medicinal. Conmovido por tanta fineza, el enfermo no esperó mejorarse para corresponderla con estas décimas que encomendó a la confidencial presteza del mozo portador de la misma jarra:

*Admiro, madre Salcedo,
tanto su modo de ser,
que hasta para agradecer
siento cortedad y miedo.
Pero quedarme no puedo
aprovechando el favor
sin hacer cumplido honor
a la mano que lo da...
¡Mil gracias! Lo pagará,
en nombre mío, el Señor.*

*Con salol y con quinina
estaré del otro lado
no resiste el constipado
a tan buena medicina.
Aunque mi mente adivina,
como una verdad secreta,
que, si el dolor me respeta,
se deberá tal portento
antes que al medicamento
al alma que lo receta...*

Esta vivaz improvisación del capellán Abarzúa fué sorprendida por la madre superiora, quien en demasía celosa de sus deberes reprendió a la religiosa arrebatándole las décimas y rompiéndoselas.

Sin embargo, no murieron estos versos de Abarzúa con la ruptura del escrito: ellos quedaron grabados en el recuerdo de su hija espiritual, según propia confesión de sor Salcedo, quien logró reconstituir, con piadosa paciencia, los disgregados trozos del cuerpo del delito. Aludiendo a esta sabrosa incidencia, la monjita exclamaba poco después de ocurrida: «¡Qué sacaron! ¡Me los aprendí de memoria!»

Esta espontánea confesión sugiere otro caso lleno de gracejo descrito por el antes citado Martínez Villergas, en que la heroína no es esposa del Señor, sino aspirante a esposa de los mortales:

*Se acabó de confesar
la sobrina del vicario,
y empezó contrita a orar
al pie del confesonario*

*Y aun el padre repetía
«la castidad te interesa»,
al tiempo que ella decía:
«Me pesa, Señor, me pesa».*

¿Podría decirnos también «me pesa», señores, «me pesa» por haber esquivado referirme, siquiera de soslayo, a los fecundos humoristas de *Topaze*, semanario fundado en 1931 por el eximio caricaturista Jorge Délano Frederick, más conocido entre nosotros por «Coke»? Nunca osaría cometer la injusticia de regatear mis aplausos a este brillante periodista. ¡Cuatro líneas de su lápiz privilegiado valen por toda una enciclopedia de la pobre y flaca psicología humana! Ni tampoco podría olvidarme de Jenaro Prieto— el primer humorista de nuestros escritores en prosa—, ni de Fernando Díaz Garcés, Manuel Gamboa, Alvaro Puga Fischer, los hermanos Jorge y Gabriel Sanhueza y otros nombres familiares para nosotros, creadores de páginas admirables, muchas de ellas en verso, que habrán de perdurar en los anales de nuestro diarismo. Algunas de las más resonantes jor

nadas de esta revista han sido hace poco historiadadas por Ricardo Donoso en su atrayente libro *La Sátira Política en Chile*.* Las teatralizadas audiciones de Gustavo Campaña, difundidas a través de la radio, también son dignas de un recuerdo comprensivo y cariñoso.

Llegado al término de esta charla, debo lamentar que su reducido marco me impida referirme a otros autores satíricos, así españoles como nacionales. Ello no me privará de seguir siendo su apasionado lector, sobre todo en las horas del turbio desaliento, de la desorientación y de la prueba.

Herederos de la tradición hispánica, los poetas festivos chilenos han sabido canalizar en los moldes del buen gusto los expansivos raudales de este difícilísimo género, infundiéndole, sin restar énfasis al concepto, ciertas notas de sobriedad expresiva, propias de nuestra idiosincrasia. No hablo, por cierto, de los desbordes de nuestra «prensa amarilla» que debiera llamarse mejor «prensa roja». Pero, por sobre las influencias literarias, es menester considerar las raciales, conservadas entre nosotros con mayor pureza que en los demás países del continente, más mezclados que el nuestro por constantes corrientes inmigratorias. ¿Acaso aquella malicia criolla, con despuntes andaluces, tan elogiada por los extranjeros que nos visitan, no es una prueba más de este aserto? ¿Acaso nuestra fortaleza de carácter no está reflejando al vasco que llevamos metido en nuestras arterias?

Cojamos una anécdota confirmatoria de nuestras observaciones. Con su proverbial sencillez, el Presidente don José Joaquín Pérez engañaba al más pintado. Todos los días transitaba por la calle de los Teatinos en dirección al palacio de La Moneda. Mirábalo siempre una dama muy hermosa, a quien él dió en decirle, a guisa de saludo: «¡Envido!», gráfico término para iniciar los juegos de cartas. La dama también lo miraba, advirtiendo en él cierta distinción, pero ignoraba que era el Jefe del Estado. Un día refirió tan curioso suceso a su marido. Este se ocultó tras de la ventana a la hora en que pasaba frente a ella don José Joaquín. Al percatarse de que había una persona oculta en ese sitio, callóse el astuto hombre público y no saludó, como de costumbre, a la dama. Entonces, ella misma le pronunció la pala-

brita mágica: «¡Envido!», a lo cual respondióle el Presidente: «¡Paso! Le ví las patas a la sota».

Un común aire de familia tienen, pues, los poetas satíricos españoles con sus colegas chilenos. Un mismo fondo de seriedad engendrará en ambos el chiste. Este aire de familia está latente en la sangre más que en la cultura, en la psicología de la raza más que en la técnica literaria.

Los mismos anhelos de probidad gubernativa, de buen gusto en las producciones del intelecto y de pureza en las costumbres alientan en los ingenios del Guadarrama y en los de este rincón del Pacífico.

La indignación de Quevedo en sus invectivas contra Gaspar de Guzmán —privado de Felipe IV que en mercedes reales recibía 452.000 ducados al año, 42.000 como «Gran Canciller» de estas Indias— y la restallante carcajada de Martínez Villergas exhibiendo a «Los políticos en camisa» en el agitado Madrid de la última centuria, resucitarán en las desembozadas estrofas de nuestro Padre López, de Soffia y de Allende; no darán tregua al lápiz litográfico del volandero *Corre-Vuela* y encarnarán en las cáusticas parodias de *El Charivari*, de *Sucesos* y *Sin-Sal*. *

Españoles y chilenos, ora dislocando los contornos de la realidad, ora trastrocando lo grave en gracioso y lo gracioso en grave, ora vigilando con el catalejo de la crítica el encrespado mar en que maniobran los altos administradores del Estado, han sabido hacernos reír y formarnos juicio de los acontecimientos que interesan a todo honesto ciudadano. Pero también, españoles y chilenos, a veces nos han hecho llorar.

Ya lo dijo con temblorosas frases Wenceslao Fernández Flórez en una reciente entrevista que le hiciera la «Radio Madrid»: «El humor no es un simple, sino un compuesto de muchas cosas. Hay una condición esencial para el humor, que lo diferencia de todos los demás matices de la risa: la ternura.»

* *El Charivari* se publicó desde el 29 de junio de 1867 hasta el 1.º de enero de 1870; el *Corre-Vuela*, desde el 1.º de enero de 1908 hasta septiembre de 1927, y *Sucesos*, desde el 18 de agosto de 1902 hasta el 5 de septiembre de 1932. Todos ellos aparecieron en Santiago, excepto *Sucesos*, editado en Valparaíso.